

Undécimo Domingo Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 4,26-34

Predicar el Reino de Dios fue la ocupación principal de Jesús durante su ministerio público, su preocupación más constante. Jesús prefería de ordinario hablar de Dios por medio de parábolas, esas breves historias que hoy nos resultan tan familiares, tan intrascendentes a veces, pero que a Jesús le servían para mostrar cómo era su Dios y cómo se comportaba con los hombres. Para llegar a conocer a Jesús por dentro, para acercarse a lo que pensaba sobre Dios y su reinado, hay que volver a oír, como si fueran nuevas, sus parábolas. Y en este esfuerzo debemos empeñarnos. Dejarse sorprender por algún detalle, prestarle mayor atención a una indicación, significaría poder sorprendernos por algún nuevo detalle de Dios para con nosotros y sabernos en su corazón mejor atendidos. Las parábolas nos transmiten, en efecto, el Dios en quien Jesús creyó y al que predicó: un Dios cercano a la vida y a sus formas normales de realización, tanto que hablar de la vida era para Jesús hablar de Dios.

En aquel tiempo, ²⁶dijo Jesús a la gente:

«El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra.

²⁷Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. ²⁸La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. ²⁹Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega.»

³⁰Dijo también:

«¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? ³¹Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, ³²pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.»

³³Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. ³⁴Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Jesús vuelve a la orilla del mar, escenario de importantes decisiones misioneras: lugar apropiado para llamadas al seguimiento (Mc 1,16-20; 2,13), es también, con una barca como cátedra, lugar de enseñanza a multitudes (Mc 3,7-9). Marcos, que concede en su evangelio poco espacio a la enseñanza de Jesús (Mc 7,1-23; 13,1-37), presenta aquí el reino y alguna de sus leyes básicas con imágenes y parábolas (Mc 4,1-34). Refleja con fidelidad un rasgo típico de la predicación de Jesús, quien habitualmente habló de Dios *narrando* la vida cotidiana. Esta forma de exponer a Dios no era solo simple recurso pedagógico, intento logrado de acercarse a su audiencia y facilitarle la comprensión; está motivada en su *fe* personal, enraizada en la experiencia de Israel: siendo la vida palabra de Dios, *oír la vida* es dejar que Dios hable. La parábola puede desvelar a Dios, porque la vida diaria es signo y escenario de su comportamiento.

Quien aquí habla conoce ya el seguimiento y la dedicación de unos pocos (Mc 1,16-20; 2,13-17) y la indiferencia u oposición de muchos (Mc 2,1-12; 3,1-6.22-30): es un evangelizador experimentado. La ilusión y el optimismo que respiran sus palabras no es fruto de su imaginación, ni prueba un exceso de ingenuidad. Si a pesar conocer ya fracasos y obstrucción, sigue confiando en el éxito de la evangelización, la razón de su optimismo no radica en cuanto él consigue, depende de su certeza: el evangelio es siempre fértil, siempre que sea mínimamente acogido. De hecho, Jesús acaba de identificar como íntimos a quienes, estando a su alrededor, oyen su palabra y cumplen la voluntad de Dios; da su querer, voluntariamente, a quienes hacen el querer de su Padre (Mc 3,31-35). No basta, pues, con estarle cercano y serle oyente atento; habrá que realizar puntualmente cuanto enseña.

Llama la atención que, tras haber dicho cuál es la condición para hacerse con su querer, hable ahora en parábolas, crípticamente, de Dios y su reinado (Mc 4,2.34) a quienes le escuchan. Siendo para él decisivo que se le preste atención, no habla con claridad a todos; Jesús predica a todos junto al mar (Mc 4,1-9), pero la explicación se la da a quien le sigue (Mc 4,10-12). Hablar del reino en parábolas (Mc 4,3-9) no es una casualidad; tiene una precisa intencionalidad (Mc 4,10-12): no es fácil entender lo que dice (Mc 4,10-11), como tampoco lo será ponerlo por obra (Mc 4,12). No a todos habla con la misma franqueza, pues no a todos se le ha concedido entrar en el misterio de Dios; ahora bien, a quienes reciban una enseñanza privada y más clara (Mc 4,10-25.33-34), más se les pedirá. El reino exige más lucidez y decisión, cuanto más diáfano se presenta.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Jesús pudo muy bien, ya desde los inicios de su ministerio, sentir el fracaso de su predicación. No es improbable que las dos parábolas del evangelio formulen un primer intento de respuesta del mismo Jesús: se evidenciaría así su fe en la fuerza creadora, aunque oculta del reino. Como el sembrador, confiaba en la palabra sembrada que crece, aunque no supiera

bien cómo, Jesús estaba seguro de que Dios implantaba, lento pero eficazmente, su voluntad en el mundo; la fuerza vital de la simiente es mayor que su aparente destrucción; la más pequeña de las semillas lleva en sí el árbol que cobijará todas las aves posibles. Ambos símiles explican la naturaleza del reino de Dios y la convicción personal de su predicador: leer lo que sucede a nuestro alrededor como una maravilla de Dios haría maravillosa nuestra vida diaria; quien ve la vida con los ojos de Jesús descubre que no está lejos de su Dios.

Por eso pudo Jesús hablar del reino narrando la vida misma, como en el evangelio de hoy: en la siembra de una semilla que germina sin apenas esfuerzo del sembrador, hasta que llega el momento de la siega, Jesús veía una analogía con el Reino de un Dios, del que, aún sin toparse con él, puede uno estar seguro de que está trabajando en silencio, un Dios cuya actividad no cesa aunque cese nuestra memoria de Él o la capacidad de encontrarlo en la vida. El Dios que Jesús predicaba y en quien nosotros creemos, es un Dios que sigue viviendo y trabajando en el mundo, de incógnito quizá pero siempre con eficacia, como la semilla germina y va creciendo, sin que se sepa muy bien cómo. Es un Dios que se sabe que está presente no porque se le vea a Él personalmente, sino porque pueden verse siempre en crecimiento sus obras; como el sembrador sabe que la semilla dará su fruto, duerma él o vele, sin saber bien cómo o por qué, así el cristiano está seguro de que Dios está construyendo su reino en este mundo, imperceptible pero inexorablemente, a pesar de las resistencias de sus enemigos y de los pecados de sus amigos: *la tierra va produciendo la cosecha ella sola*, dice Jesús. Dios no deja de vivificar su mundo.

La certeza de Jesús ha de crear en nosotros seguridad: tan cierto estaba de tener a Dios en su vida, como el sembrador sabía tener la semilla en su campo. Y como él, contaba ya con el poder de su eficacia. Jesús nos anima, con esta sencilla imagen, a poner nuestra confianza en Dios por encima de nuestras evidencias y más allá de nuestras impresiones: sin verlo en torno nuestro, podemos sentirlo; podemos contar con su presencia, sin tenerlo todavía al descubierto; sabremos contar con Él sin haberle aferrado con nuestras manos; le sentiremos activo y vivo en nuestro mundo, en nuestro corazón, sin tener que haberlo contemplado todavía y sin tener que vivir experiencias fuera de lo ordinario; ¡bastaría que tuviéramos una fe tan pequeña como el grano de mostaza! Si tuviéramos un poco más de fe, entonces nosotros mismos seríamos el milagro: nuestro cambio sería aún mayor y más inaudito que la transformación en arbusto de la más pequeña semilla.

Porque la parábola de Jesús nos desvela una ley de la naturaleza... y de la fe: en lo más pequeño, en lo cotidiano, en cuanto sucede tan a menudo que no llama la atención, está Dios actuando, escondido. Si no logramos intuir su presencia, no será porque Él no esté; únicamente vemos lo que queremos ver: si nos dejáramos maravillarnos por cuanto de ordinario y natural ocurre en nuestro entorno y en nuestro interior, seguro que presentiríamos a Dios. Solo porque no tenemos la fe suficiente para descubrir su presencia, no logra suscitararnos maravilla ni sorpresa el tenerlo tan cerca de nosotros, más interior a nosotros mismos que nuestros mismos pensamientos o deseos conscientes.

Quien cree en este Dios, latente pero activo, recupera esa paz que sólo Dios produce, tan interior que nadie puede robárnosla, tan evidente que se hace envidiar por quienes no comparte nuestra misma seguridad. La paz del creyente en el Dios de Jesús no es una paz barata, que rehúye el compromiso: si nace de la certeza de tener a Dios disponible en cuanto vive o sufre, presente en cuanto hace o piensa, se fortalecerá viviendo o sufriendo, pensando o actuando. Quien está seguro de la actuación de Dios en él y en su mundo, no se desinteresa de sí ni de su mundo, porque le llevaría a desinteresarse del Dios que está detrás, mejor, dentro de sí y en su propio mundo. El cristiano que, por conservar su fe, evita un mundo que todavía no es bueno, una sociedad que se le está volviendo hostil, está perdiendo la fe en el Dios de Jesús y no es capaz de vivir en paz consigo mismo ni con el mundo donde le ha tocado crecer.

Y sin embargo, el creyente que sabe, como Jesús, que el modo de actuar de Dios es como el de la semilla enterrada, tiene la paciencia suficiente, como el sembrador, para esperar una cosecha abundante. ¡De qué no nos estaremos privando, escasos como estamos de esta fe que Jesús tenía y que quiso inculcarnos! No vemos los frutos de la actuación de Dios, en nosotros y en los demás, porque no podemos esperar a que llegue el tiempo oportuno: quien cosecha antes de tiempo no tiene derecho a quejarse por una magra cosecha. Creer, pues, en el Dios de Jesús, ese Dios que vive y actúa dentro de nuestro mundo como la semilla dentro del campo, lleva a vivir esperanzados, sin que la fatiga diaria nos quite el sueño ni el ansia por gozar hoy de los frutos de nuestro esfuerzo nos fuerce a vivir tensos, preocupados, por el día de mañana: 'Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde.. Dios da el pan a sus amigos, mientras duermen', sabe quien reza.

Quien se deja convencer por Jesús y su predicación del Reino, puede experimentar la paz interior aún en medio de la tribulación, la alegría de vivir aunque esté rozándole la muerte, la capacidad de esperar un bien que aún no se ve, la confianza de que el mal, que tan mal sufrimos y el que tan bien procuramos, será un día vencido. Saberse objeto de la ocupación del Dios que trabaja en silencio, de incógnito, escondido tras los acontecimientos que nos abruman y en las personas que nos rodean, nos ha de liberar de cualquier preocupación que no sea la de tenerle fe y confianza, pase lo que pase: si Él está ya trabajando, ¿cómo no va a ser mejor un mundo que es objeto de los desvelos de Dios? ¿O qué motivos tendremos para desesperar de nosotros mismos, si dando crédito a Jesús nos sabemos sementera de Dios, campo de su cultivo y objeto de sus cuidados?

No deberíamos los creyentes hoy caracterizarnos por nuestra desconfianza y desánimo frente a los problemas de nuestra sociedad, ni tendríamos que seguir contándonos entre quienes se despreocupan por mejorarla: si sabemos que Dios la está trabajando, nos podemos sentir colaboradores suyos, sus compañeros de ilusiones y fatigas, mientras trabajamos por

hacerla mejor. Trabajar este mundo codo a codo con Dios, ¡esa será nuestro salario, la mejor de las recompensas posibles!
¿o es que podemos aquí desearnos otra mejor?.